

Extensión

La experiencia del Psicoanálisis. Función de la palabra

Para dar inicio a este texto me fue necesario volver al escrito presentado en la Jornada CERAU realizada en la ciudad de La Plata en el año 2014, donde nos dedicamos a la cuestión del sujeto en el campo del deseo. Allí sostenía que la comunidad analítica está en suspenso hasta que puede transmitirse, a otros – con otros, la operación deseo de analista que ha operado, en las curas que se conducen, llevando el sujeto al campo del deseo.

Cuando alguien toma la palabra y sienta posición, la castración se pone en acto y eso no es únicamente en el dispositivo analítico, también se pone en juego en la extensión.

Es decir, que nos hace falta, cada vez, hablar de la experiencia para dar cuenta de la eficacia del psicoanálisis.

Desde ahí releo “Función y campo de la palabra”, donde Lacan plantea que el Psicoanálisis no tiene sino un médium: la palabra del paciente, a la cual no hay que desatender, dado que la palabra llama a una respuesta, es un llamado a la verdad.

La regla de asociación libre que se le propone al analizante ordena hablar. Es por la función hablante que se sitúa lo Real como imposible, que existe más allá de lo Simbólico.

Lacan también formula allí que al analista se le presenta la tentación de abandonar el fundamento de la palabra. Subrayo la palabra “tentación”, sobre la que volveré, al final, al referirme a la comunidad de experiencia.

Con la palabra, quien habla se dirige a otro al que ubica en el lugar de oyente. Demanda, llama al otro a que otorgue una respuesta, tomándolo por Otro. Capacidad de establecer transferencia proporcionada por la condición humana de hablar.

¿Pero qué clase de escucha es la que ofrece un analista? ¿Cuál es el silencio que ofrece para cumplir su función en el análisis? ¿Por qué puede resultar tentado a abandonar los fundamentos del psicoanálisis?

El campo que Freud inaugura evidencia que el lenguaje no es garantía de comunicación. Vivimos en el malentendido y la creencia de que uno le habla a otro y el otro entiende lo que se le dice. Establecemos una ficción de entendimiento cuando hacemos un diálogo con otros, parecemos utilizar el mismo código.

Como seres de palabra, estamos parasitados por el lenguaje, cada uno lleva en su cuerpo las marcas, las palabras, la historia que ha podido tomar, originariamente - originalmente, de sus parientes próximos. Y eso hace a la particularidad. El sujeto, dada su constitución, está infectado por la palabra del Otro. El sentido no es compartido.

La entrada al mundo simbólico es posible a partir de tornarse objeto que, al mismo tiempo que causa el deseo del Otro primordial, taponar su falta. Y de esa instancia queda marca, cifra.

El análisis posibilita seguir, por la vía de lo simbólico, a partir de las formaciones del inconsciente, el rastro de lo que se ha sido para el Otro, de qué modo se ha respondido a lo que se constituyó en el comienzo como demanda, que no es otra que demanda de amor.

Lacan nos dice que “el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del Otro, no tanto porque el Otro guarda las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido como objeto del Otro”. Ser su falta, hacerle falta.

La palabra tiene por función presentificar el vacío, vehiculiza la falta de objeto que causa. La lógica del significante evidencia el hueso de lo real, el agujero. La significación posibilita que la falta se escriba y el objeto, en tanto agujero, motoriza el deseo.

No hay complementariedad entre el sujeto y el Otro, por eso hablamos y, en el intento neurótico de decir esa complementariedad que falta tratamos de hablar.

La palabra - significante, conlleva en su núcleo sin sentido, al que sólo se puede arribar a posteriori de haberla despojado, por el trabajo de análisis, del sentido inicial.

El sentido de la palabra, o para ser más precisa, del síntoma, puede aparecer incuestionado, inamovible. He ahí el padecimiento que eso implica. Palabra amordazada al goce.

En el semblante de diálogo que la transferencia implica, por la posición que el analista asume ante esa palabra que se le dirige, será posible la efectuación del sujeto vía las formaciones del inconsciente. Éstas van dando cuenta de esa mordaza, hechas de lenguaje sitúan en su repiqueteo la repetición de lo mismo. Otra vez lo mismo.

Transferencia que no es intersubjetividad porque el analista silencia la palabra que puede implicarlo subjetivamente, se abstiene de promulgar una palabra que provenga de la hechura de su fantasma, de ese modo, habilita un discurso para que la palabra proferida por el analizante evidencie una verdad, que pueda formularse la pregunta dirigida al Otro acerca de la causa.

La posición del analista pone en acto, sosteniendo la función deseo de analizar, que es imposible el sentido pleno, no hay Relación Sexual.

El analista se deja tomar por Otro, al que se le supone saber, no rechaza la demanda que el analizante formula, formando parte del síntoma, dejándose tomar como significante cualquiera, hasta su resolución, hasta tanto se produzca la caída de la transferencia y el saber del inconsciente esté escrito en el lugar de la verdad.

Desde ese lugar de no rechazo a la palabra del analizante, el analista ofrecerá puntuaciones, interpretaciones, propiciando el nacimiento de un significante nuevo, habilitando otro sentido.

En L'Insu Lacan necesita volver a afirmar la palabra como fundamento. Allí nos dice que lo Real continúa lo imaginario, aclarando que eso comienza en el "hermoso medio de lo simbólico". Respecto de lo Real, la palabra tiene un alcance: dice, al mismo tiempo en que no logra decirlo todo. Litoral, no hay otro modo que servirnos de los significantes para circunscribir que el Otro no existe. "Hable"... de su historia, de sus parientes próximos, de sus sentimientos, de su cotidianidad. El analista escucha diferencia de la que se servirá para operar en el tiempo de la interpretación.

Situar el límite de lo simbólico da la chance eficaz de poder hacer algo con el padecimiento y que caigan las ataduras que nos armamos para encontrar una respuesta a lo que no anda. Sólo ubicando el límite de la palabra que nos ha dado nombre es posible inventar algo nuevo. Asumir la castración y afrontar lo Real de la vida.

Luego de este recorrido volvamos a la palabra "tentación" que Lacan escribe en 1953.

Es cierto que al analista puede presentársele la tentación de abandonar la palabra como fundamento del Psicoanálisis. Después de todo, ¿por qué no, si esta hecho de la misma estofa que el analizante?

A la resistencia que se presenta del lado del analizante le corresponde la resistencia del analista que no es otra que la resistencia al discurso del psicoanálisis. Tentación de quedar atrapado en los espejismos narcisistas, en la idealización de lo simbólico privilegiado denostando los otros dos registros, prisionero de la alabanza al padre, no logrando ubicarse en la posición correcta para soportar lo real que el analizante transfiere.

Para no jugar esa tentación en los análisis que conducimos, asumimos el compromiso de leerla. Esa lectura puede acontecer en los diferentes dispositivos que los analistas nos damos cuando nos reunimos, precisamente para interrogar la posición del analista. El efecto que eso puede producir es el de devolvernos al campo del análisis, reubicarnos en el discurso.

La escuela, entonces, se torna campo propicio para transmitir desde la singularidad la experiencia de la falta.

El deseo del analista y el objeto a no se comparten, son funciones que se producen en el dispositivo analítico, sin embargo apostamos a que pasen a la extensión, al enlace con los otros, en la transferencia de trabajo y en un estilo que es de cada uno, portado en cada nombre que es desde donde puede sostenerse un decir, una palabra.

Amalia Cazeaux

Escuela Freud – Lacan de La Plata